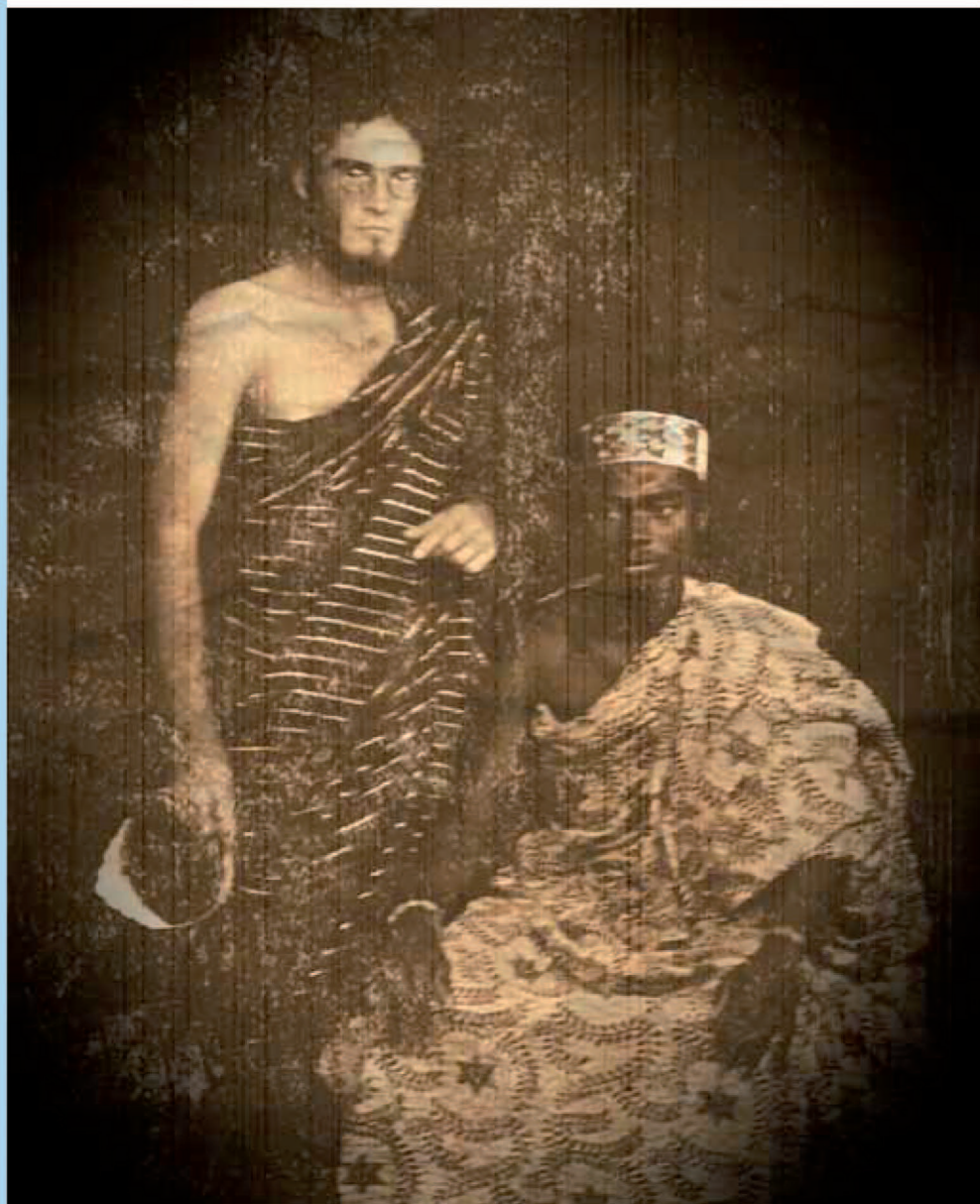


EDUARDO GALLARZA

*Esplendor insólito*





# Esplendor insólito

COLECCIÓN  
LITERADURA

ESPLENDOR INSÓLITO

POR

EDUARDO GALLARZA



EDITORIAL FUNAMBULISTA

MADRID

MMXVII

Primera edición: abril de 2017

© Eduardo Gallarza, 2017

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2017  
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

[www.funambulista.net](http://www.funambulista.net)

IBIC: FA

ISBN: 978-84-946164-8-8  
Dep. Legal: M-11398-2017

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: Autor desconocido, circa 1910. Inscripción en el reverso:  
*Near Dadieasoabahen's Palace, Asafó Magazine, Kumasi, Asante*

Impresión y producción gráfica: Orymu Artes Gráficas

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

*A mis hermanos*





Esplendor insólito



## PRÓLOGO

### 1

LA ÚNICA LÁMPARA ENCENDIDA, en la esquina de la habitación, ilumina una alta biblioteca que cubre toda la pared, y un cómodo sofá en el que tres personas están sentadas y discuten animadamente —dos de ellas, para ser precisos, mientras la tercera apenas escucha—. Detrás de las ventanas, detrás de las cortinas corridas, se extiende la fría oscuridad de una noche de enero en Madrid. Es una habitación acogedora, cálida y desordenada, el marco idóneo para una velada entre amigos, para una charla animada, un debate encendido pero cordial; la lámpara alumbra sobre una mesa baja vasos y botellas, y las lentas espiras del humo del tabaco se elevan hasta perderse junto a las exclamaciones y a los argumentos.

Uno de los contertulios, un hombre corpulento de cuarenta y pocos años, se levanta a rebuscar en uno de los estantes de la librería, extrae una revista y la hojea frunciendo el ceño. Con la revista abierta, se vuelve hacia los demás, leyendo: «Diez cadáveres de una edad comprendida entre los cinco y los diez años, quince entre diez y veinte años, doce entre veinte y cuarenta, seis entre cuarenta y sesenta, tres entre sesenta y ochenta años; cuarenta y seis cadáveres desenterrados,

veinte de ellos varones, y veintiséis mujeres». La voz machaca las cifras, y su interlocutor se echa para atrás, sacudiendo lentamente la cabeza, buscando algún argumento, una respuesta al horror de esa fosa común, de ese antiguo asesinato.

La discusión todavía prosigue unos minutos, pero ya sin ímpetu. Se ha hecho tarde, y los tres se ponen en pie, uno para irse y los otros para despedirlo. Todavía intercambian argumentos en el vestíbulo, y después en el descansillo entre ecos mayores, y el debate finalmente muere en la escalera y en el ruido profundo y sordo del portal que se cierra.

—Han muerto dos veces.

Iván Mahar hundió las manos en los bolsillos de su abrigo, alejándose a grandes zancadas por la acera desierta.

—Dos veces —repitió en voz baja—, una por las balas y la otra por el olvido.

Sentía frío, un frío que poco tenía que ver con el invierno. Ante él, las farolas pautaban el aire nocturno, el aire de Madrid, la ciudad de su exilio. Mahar se había aficionado a pasear de noche, a recorrer las calles durante horas, a solas con sus cavilaciones. Pero esa noche la mención de las fosas comunes y la voz de su amigo Máximo desgranando su fúnebre recuento lo impulsaban a buscar alguna presencia humana, el consuelo, aun falaz, de voces y risas. Cruzó la calle y abrió la puerta de un bar, sintiendo con alivio una bocanada de ruido y de calor.

No debería discutir con Máximo, pensó mientras se apoyaba en la barra. Es inútil, él siempre lleva razón. Máximo, hombre de inmenso saber, lúcido intérprete de la Historia... Hablando con él, Mahar se sentía doblemente exiliado: bastaba que Máximo sacara alguna revista vieja, alguna carta recibida años atrás, algún libro impreso en la clandestinidad, para que a la distancia física que lo separaba de su país se uniera la sensación de una realidad que le hubiera sido hurtada, de una verdad oculta en aquellos tenues testimonios. ¿Y todo para qué?, se preguntó hastiado. No vamos a cambiar nada, no vamos a revivir a los muertos, ni a...

La puerta del bar se abrió bruscamente. El umbral permaneció oscuro un breve instante, y después sobre él se dibujó una silueta delgada, como una aparición teatral: una mujer joven, con un traje de noche ampliamente escotado, los hombros desnudos pese al frío y una extraordinaria melena de un rubio brillante, metálico, fulgente —una aureola que prendía todas las luces del local—. La aparición dio dos pasos y preguntó:

—¿Teléfono?

El camarero tardó en contestar y lo hizo con un mudo movimiento de la barbilla, señalando el aparato, a un extremo de la barra. Cuando pasó a su lado, Mahar se fijó en el rostro de la mujer y advirtió sobre el labio superior una marca pálida, una cicatriz vertical. Quiso hacer gala de discreción, desviar la vista, pero no pudo. Miraba a la desconocida, mientras esta sacaba una moneda del bolso, alargaba una mano fina, blanca y enjoyada, y descolgaba el auricular; siguió mirándola hasta que empezó a hablar, y entonces su sorpresa se tornó pasmo: la oyó hablar en su idioma natal, su propio idioma, y era la primera vez en cuatro años que lo oía de labios de un desconocido. Fueron sólo tres frases, treinta segundos o menos; la mujer quedó callada, asintiendo a la respuesta, y colgó enseguida. Después alzó la vista, cruzó la mirada con Mahar, un instante sólo —una mirada indiferente, teñida de preocupación—, y, sin otro gesto, se dio la vuelta, encarando la salida.

Apenas la puerta del bar se hubo cerrado, Mahar bajó de un brinco de su taburete, sacudiéndose como si despertara de un sueño. En un gesto irracional, un acto reflejo, agarró la puerta y salió a la calle. A cincuenta metros a su izquierda, calle abajo, una farola alumbró fugazmente la melena rubia de la desconocida, como una pincelada de luz. Mahar echó a andar, dubitativo primero, apretando el paso después, oteando la calle en sombras. Veía el halo blanco de su aliento, las formas oscuras de los coches aparcados y, otra vez, en la distancia, la silueta grácil alejándose. Esto es ridículo, pensó, no la conozco de nada, ¿qué voy a decirle? Pero contra toda razón siguió andando, sintiendo que su corazón se embalaba, golpeándole el pecho. A lo lejos, en una bocacalle pasó un coche, lenta, silenciosamente. Parada en una esquina, la mujer pareció dudar qué camino seguir. Mahar aflojó el paso, dispuesto a

llamarla, a decirle... ¿el qué? La veía ahora perfectamente —la aureola dorada del pelo, los hombros blancos y el talle negro, fino, inverosímilmente esbelto—, la veía, inmóvil, con los brazos en jarras, expectante. Fue la imagen de un momento, de una fracción de eternidad. Mahar había bajado a la calzada, detenido él también, sin atreverse a avanzar. Y entonces, a su derecha, vio otra luz, un destello violento y breve. Lo vio, antes de oír la detonación, y a la vez sintió un golpe en el hombro, una fuerza imparable —y después, un dolor repentino, inexplicable—. Cayó de bruces, su cuerpo se derrumbó sobre el asfalto, mientras todavía retumbaba el eco del disparo.

Eran exactamente las once de la noche en la esquina de Gaztambide y Meléndez Valdés. Las once del martes doce de enero de 1988, en Madrid.

## 2

En la paz y quietud de su despacho, con la puerta cerrada y órdenes tajantes de no pasarle llamadas, Luis Villena consultaba una vez más los apuntes para su reunión del mismo día en París. Con un suspiro reunió los papeles en una carpeta y, después, abrió la edición de la víspera de *Le Monde* por la página cultural. Era un viernes por la mañana, y más allá de su reunión de trabajo —que se presentaba difícil— Villena planificaba ya su fin de semana.

A las diez y media salió del despacho. Con su buen abrigo, un ligero bolso de viaje colgado del hombro y su elegante maletín de cuero en la mano, ofrecía la estampa de un ejecutivo responsable y cabal, encaminado a la firma de algún contrato, a la celebración de una junta directiva, a cualquiera de las labores propias de su oficio y condición. Era un viernes de enero y, sentado en el taxi rumbo a Barajas, Luis Villena disfrutaba de la mañana fría y limpia, tratando de no pensar en nada más.

Tras un vuelo sin incidencias tomó asiento en otro taxi, bajo la llovizna gris de Orly. Media hora después, el taxi sorteaba el perpetuo caos circulatorio de la Porte Maillot y lo dejaba en la esquina del boulevard Pereire, frente a un anodino edificio de oficinas, cuyo portal cruzó con el paso decidido de quien sabe exactamente adónde va. Eran las cuatro menos cinco cuando llamó a la puerta del despacho de Jean-Christophe Kant. Villena se había acostumbrado al ritual de esas reuniones —esta era la quinta— y ya no se sorprendía del aspecto desnudo, deshabitado, del despacho del señor Kant. Había deducido —adivinado más bien— que Kant no ocupaba ese despacho sino para recibirlo a él. El hecho no le inquietaba, ni siquiera le sorprendía: formaba parte del misterio que rodeaba a Kant y sus actividades, del regusto a novela de espionaje que para Villena tenían aquellos encuentros.

De ser realmente un espía, Jean-Christophe Kant respondía más al modelo de Bulldog Drummond que al de George Smiley; era un hombre muy alto, ancho de hombros, un forzudo de rasgos duros y manos huesudas. Las raras veces en que, durante una reunión, se había levantado de la silla, Villena había notado en sus movimientos la agilidad latente de un gimnasta o de un atleta. Pero, por regla general, el señor Kant permanecía sentado, echado sobre el respaldo, prácticamente inmóvil durante toda la reunión, que consistía, por parte de Villena, en una exposición de su informe y, por parte de Kant, en breves y escasos comentarios, concluyendo con una serie de instrucciones, enunciadas con claridad y concisión. Kant nunca tomaba apuntes, nunca perdía su expresión adusta y ausente, y a veces apenas parecía escuchar a su interlocutor. Pero Villena había podido comprobar que de una reunión a otra recordaba cada palabra pronunciada. Dada su afición novelesca, no sabía si atribuir a Kant la portentosa memoria de un agente secreto o imaginar el despacho rebosante de micrófonos grabando cada frase pronunciada.

Ese día, el señor Kant le dio más que nunca la impresión de no estar escuchando, con la mirada vaga y las yemas de los dedos martilleando el brazo de su sillón, hasta que, como si cediera a un movimiento de impaciencia, se echó hacia delante y puso las manos sobre la mesa.

—Bien, vayamos al grano, ¿le parece? Hace tres días ha ocurrido un incidente, estará usted al tanto, un disparo en plena calle.

—En efecto —asintió Villena—. Pero no estamos seguros de que tenga nada que ver con nuestro asunto.

—¿No?... La chica estaba presente: la víctima ha dado su descripción a la policía, y ya sabe usted que nuestra amiga es, digamos, fácilmente descriptible. Además, la víctima resulta ser un paisano de ella, o algo bastante parecido a un paisano. Significativo detalle, ¿no le parece?

Villena logró esbozar un signo de asentimiento y, enseguida, bajó la vista, fingiendo consultar sus papeles. No comprendía cómo podía Kant estar al tanto de esos pormenores, ni de las declaraciones hechas a la policía. El atentado apenas había merecido unas líneas en la página de sucesos de los diarios, en las que sólo se aludía al herido por sus iniciales y se le presentaba como «un refugiado de un país del Este», sin dar mayor detalle.

—Pero, dígame, Villena, ¿qué le ha comentado nuestra amiga, cuál es su versión de los hechos?

—No... no he tenido ocasión de hablar con ella después del incidente —confesó.

La chica había desaparecido después del incidente, esa era la verdad, y los esfuerzos de Villena por localizarla habían sido inútiles.

—Sólo han pasado tres días —se oyó a sí mismo decir, como dando a entender que todavía era pronto para inquietarse.

Él, en todo caso, no estaba inquieto: había presentado su informe, y como Kant parecía estar perfectamente al tanto de todo lo ocurrido, no veía qué más podía añadir. Estuvo a punto de mirar su reloj, dando la reunión por concluida. Pensaba ya en llegar a su hotel y darse una ducha, salir a cenar algo, quizá ir después al cine, y no darle más vueltas a todo aquel fregado. Que Kant hiciera lo que creyera oportuno, él se desentendía.

Como un eco de esa idea, oyó la voz de Kant:

—Tal como están las cosas, es mejor que vaya yo mismo a Madrid a hacerme cargo. —Se puso en pie, añadiendo—: Voy a necesitar que repasemos usted y yo todo lo ocurrido hasta la fecha, y no sólo en rela-



ción con nuestra amiga... De hecho, salimos hoy mismo. He reservado dos plazas en el vuelo de las nueve.

Villena lo miró, atónito, mientras Kant consultaba su reloj.

—Vamos yendo, si le parece, no nos sobra tiempo. Puede usted anular su billete de vuelta en el aeropuerto. —Con una mueca, echó una ojeada por la ventana—. Lloviendo otra vez... ¿Qué tal tiempo tenemos en Madrid?

—Hacía sol esta mañana —contestó Villena maquinalmente.

Kant miró a su alrededor, cerciorándose de no dejarse nada olvidado.

—Hay una parada de taxis aquí al lado —dijo mientras salían a la calle. Y después añadió, como en un escrúpulo de cortesía—: Espero que no le importe volver a Madrid hoy mismo...

Había tal naturalidad en el tono que Villena sólo pudo contestar:

—En absoluto.

Con el cuello de la gabardina subido, Kant cruzó la acera en dos zancadas y ya abría la puerta del primer taxi de la fila. Apenas se hubieron instalado en el coche, retomó la palabra:

—Le decía que el herido es paisano de nuestra amiga, ¿qué le sugiere a usted eso?

Había hablado en castellano, con un acento más que correcto. Era la primera vez que Villena lo oía hablar en castellano —una sorpresa más—. Pero a esas alturas ya había agotado su capacidad de asombro. Sencillamente se alegró de ahorrarse el esfuerzo que le costaba expresarse en francés.

—No sé decirle —contestó—. Según la prensa se trata de un refugiado político.

—Ya. Tal como yo lo veo, caben dos posibilidades: que le hayan disparado para protegerla a ella, o bien que fuera ella el blanco y él haya sido alcanzado por error. La policía hará sus investigaciones, obviamente, sólo cabe esperar que no interfieran con nuestros planes. De hecho han empezado haciendo pesquisas sobre los antecedentes del herido. Resulta que, si bien alegó haber salido de su país por motivos políticos, no consta que tenga la condición de refugiado... Debió de entrar en

España con un visado de turismo o de estudios, hasta que el año pasado regularizó su situación.

Villena volvió a sorprenderse de que el otro estuviera tan al tanto del trabajo de la policía, pero no se atrevió a hacer ningún comentario y se limitó a preguntar:

—Entonces, ¿cuánto tiempo lleva en España?

—Casi cuatro años.

El taxi se había sumido en el tráfico vespertino del bulevar periférico, y las luces de los faros y de las altas farolas goteaban con la lluvia.

—Cuatro años —repitió Kant, pensativo—. Convendría enterarse de las circunstancias que motivaron su llegada a España.